



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

EL CONCEPTO “MOVIMIENTO SOCIAL”

A LA LUZ DE LOS DEBATES

Y LA EXPERIENCIA LATINOAMERICANA RECIENTES

JOSÉ SEOANE, EMILIO TADDEI Y CLARA ALGRANATI

Enero 2009

EL CONCEPTO “MOVIMIENTO SOCIAL” A LA LUZ DE LOS DEBATES Y LA EXPERIENCIA LATINOAMERICANA RECIENTES

Por: José Seoane^{*}, Emilio Taddei^{**} y Clara Algranati^{***}

Introducción

En las últimas dos décadas nuestra América Latina y Caribeña se ha visto atravesada y conmovida por la emergencia de significativos movimientos sociales de raíz popular que en confrontación con el modelo neoliberal implantado en la región cumplieron un papel central en su cuestionamiento y en las transformaciones sociales y cambios políticos acontecidos recientemente en muchos de nuestros países. La consecuente revitalización de los estudios y debates latinoamericanos sobre estas experiencias, tanto en el ámbito académico como político, le otorgaron una creciente centralidad a las temáticas del conflicto y las movilizaciones colectivas que en el pasado reciente habían sido marginadas y casi expulsadas de la ciudadela docta bajo el imperio del pensamiento único. En este sentido, el presente texto aspira a presentar algunas consideraciones respecto del derrotero que en este proceso le cupo al concepto de “movimiento social”, y, en particular, en relación a los desafíos que se plantean al campo del pensamiento crítico.

Así, la primera indagación sobre las significaciones y los contenidos que este concepto ha despertado nos confronta con la constatación de que el mismo reviste, en gran medida por la naturaleza conflictiva de la práctica social a la que refiere, un carácter polisémico. Esta indeterminación resulta, por lo menos, de una doble cuestión: de las confrontaciones teóricas que despierta, por un lado, y de los diferentes contextos sociohistóricos que inspiran su uso, por el otro.

En este sentido, la ambivalencia del concepto remite, en primer lugar, a las diversas interpretaciones que ha suscitado y, particularmente, a su inscripción y rescate por distintos paradigmas en el campo de las ciencias sociales. Más allá de la fortaleza de la evidencia empírica a la que el término remite, su conceptualización en el campo de las ciencias humanas se ha transformado en una arena teórica conflictiva, de disputa a la vez semántica y política en la confrontación entre las perspectivas sistémicas o

* Sociólogo, profesor e investigador de la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA, Argentina) y miembro del Grupo de Estudios sobre América Latina (GEAL)

** Doctor en Sociología, profesor e investigador de la Universidad Nacional de Lanús (UNLA, Argentina) y miembro del Grupo de Estudios sobre América Latina (GEAL)

*** Socióloga, profesora e investigadora de la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA, Argentina) e integrante del Grupo de Estudios sobre América Latina (GEAL)

conservadoras y las del pensamiento crítico, e incluso en los debates al interior de estos mismos campos. Sobre ello se ha señalado cuánto su propia conceptualización corre el riesgo de vacilar entre los extremos del binomio positivista/esencialista en el primer caso, o subjetivista/estructuralista en el segundo, ambos aparentemente irreconciliables pero sustancialmente complementarios en cada uno de los enfoques.

Por otra parte, el propio concepto ha merecido críticas desde diferentes perspectivas respecto de su potencial explicativo. En esta dirección, se ha señalado que, a pesar de su vigencia para referir en un sentido descriptivo a un fenómeno empírico, el mismo aparece estrechamente vinculado a la tradición mecanicista del pensamiento occidental propia de la modernidad, lo que parece condenarlo a similar decadencia (Mellucci, 1999). Desde otras perspectivas, como por ejemplo la corriente francesa del marxismo crítico, se han cuestionado los límites del concepto por enfatizar cierto desmembramiento de las movilizaciones colectivas y funcionar como una noción meramente descriptiva (Bérout y Mouriaux, 2000).

Por contrapartida, desde los diferentes paradigmas se ha resaltado simultáneamente su pertinencia empírica y su capacidad para establecer una distinción entre diversas dimensiones de procesos colectivos muy disímiles entre sí. Desde este lugar, es posible señalar algunas características básicas que pueden considerarse como un terreno relativamente común a las diferentes aproximaciones teóricas y que remiten a la dinámica de un grupo social que formula ciertas reivindicaciones propias y significativas socialmente; guarda ciertos marcos de solidaridad, relaciones o identidad común; cuenta con ciertas redes o marcos organizacionales; y plantea ciertos cuestionamientos o conflictos respecto del marco societal donde actúa. Aunque este piso compartido sea interpretado de maneras diferentes y contrapuestas según la escuela que consideremos y, particularmente, en función de la perspectiva sobre la totalidad social y el proceso histórico que, siendo más o menos explícita, cada corriente suscribe.

En este sentido, el carácter relativamente ambiguo que parece acompañar al concepto debe ser pensado también en relación a las diferencias entre los contextos socio-históricos en el que se enmarcan las prácticas contestatarias analizadas y sus propias particularidades, así como también respecto de los escenarios concretos en los que se inscribe la reflexión misma. Ello supone considerar a los aportes teóricos y analíticos no sólo en su correspondencia con un pretendido objeto sino también en términos de sus efectos de poder/saber sobre el mismo, en el campo de las relaciones de fuerza sociales actuantes. En este sentido, como mencionábamos anteriormente, en

nuestro caso partimos de la consideración del proceso vivido en Latinoamérica en las últimas décadas signado por el despliegue de un nuevo ciclo de conflictividad social protagonizado por sujetos colectivos cuya acción y programáticas contribuyeron enormemente a abrir una crisis de legitimidad del modelo neoliberal. A la luz de estas experiencias y sus características y desafíos, este trabajo tiene como propósito revisar el concepto de “movimiento social” proponiendo una mirada crítica respecto de los diferentes usos y sentidos en los que fue empleado recientemente, haciendo mención a algunas de las discusiones teóricas que suscita y retomando, especialmente, algunos de los principales aportes, debates y retos que se plantearon y se plantean todavía hoy al campo del pensamiento crítico. Ciertamente, a sabiendas de la imposibilidad de profundizar suficientemente sobre estas cuestiones en el espacio disponible en esta ocasión, estas líneas deben ser consideradas en su carácter exploratorio que esperamos aporten elementos para la reflexión latinoamericana.

Breve genealogía del concepto: de los ´60 al siglo XXI.

Una aproximación a los debates y controversias que plantea hoy el uso del concepto “movimiento social” nos convoca a presentar inicialmente algunos comentarios, aunque más no sea de forma abreviada, respecto del contexto histórico y de los sentidos que le cupo a su empleo en el pasado. Proveniente del latín *movere*ⁱ, durante la revolución francesa el término “movimiento” fue utilizado frecuentemente como adjetivo para calificar diferentes experiencias de acción y participación colectiva, como por ejemplo: movimiento revolucionario, movimiento político, movimiento popular. Aparentemente fue el socialista utópico francés Charles Fourier el primero en utilizar el concepto de movimiento social en su obra publicada en 1829 *Le nouveau monde industriel et sociétaire ou Invention du procédé d'industrie attrayante et naturelle*, dándole al mismo un sentido de progreso en relación con las edades o fases de la sociedad (Bérourd, Mouriaux y Vakaloulis; 1998). Pero ciertamente el uso del término hubo de generalizarse a lo largo de las décadas de 1830 y 1840 en relación a los sucesos de agitación social y política vividos en Francia y en Europa en general. Será en esta

ⁱ*Movere*: forma infinitiva de *moveo*, *mōvi*, *mōtum*, verbo de segunda conjugación en latín. Es interesante mencionar que, si bien el significado más usual de dicho verbo en castellano es mover, en latín tiene también otros vinculados a la noción de manifestar o interpelar: poner de manifiesto (*numen*, el poder), conmover, influir o hacer cambiar de opinión (Vox, 1980).

misma época que Karl Marx hará mención a ello en su conocida obra *Miseria de la Filosofía* (1847) en el debate con Pierre-Joseph Proudhon.

A *posteriori*, desde finales del siglo XIX y hasta, por lo menos, mediados de los años 1960, la utilización del concepto estuvo fundamentalmente asociada a los estudios sobre el movimiento obrero y sus expresiones y formas reivindicativas -huelgas, boicots, manifestaciones. Asimismo, su uso hubo también de generalizarse, especialmente con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, en el sentido de clasificación genérica y descriptiva de diferentes sujetos de la movilización colectiva acorde con la tipología de cierta sociología de la época.

En este contexto, los años '60 habrán de estar marcados por la extensión y profundidad de los procesos de insubordinación y conflictividad social que recorrerán tanto las sociedades del capitalismo central como las de los países del capitalismo periférico en una geografía teñida por movimientos revolucionarios, luchas de liberación nacional, experiencias de transformación social bajo la referencia al socialismo y procesos de descolonización. Una década signada en América Latina por la naciente revolución cubana y su significativa influencia regional y por la radicalización política, social e ideológica de diferentes y amplios sectores sociales entre los que se destacó la actuación juvenil.

Esta masividad y extensión de los procesos de movilización social así como sus particularidades habrán de motivar una revitalización de los marcos teóricos e interpretativos de la acción colectiva tanto en el campo del pensamiento sistémico como desde la perspectiva crítica. En el primer caso, ya no resultaba posible ni eficaz considerar -o neutralizar- el conflicto bajo el acápite de conductas desviadas, anormales o irracionales fruto del fracaso de las políticas de integración social o de la modernización tardía, tal como lo había postulado la sociología anglosajona bajo la influencia de Talcott Parsons. De esta manera, en los centros de producción de conocimiento en los países centrales prosperaron nuevas corrientes teóricas que proponían otras miradas respecto de las experiencias de acción colectiva en curso. Así, Neil Smelser propuso una renovación de la tradición forjada por Parsons. Otra serie de investigadores darán progresivamente vida a la llamada escuela de la “movilización de recursos” que, de raíz anglosajona, contará entre sus más conocidos exponentes a Mancur Olson, John Mc Carthy y Meyer Zald. Asimismo, se puede referir a la nominada corriente de las “oportunidades políticas” caracterizada por las obras más actuales de Charles Tilly y Sydney Tarrow, entre otros. Finalmente, y de cuño europeo,

también habrán de comenzar a pergeñarse a partir de los años '70 y '80 los principales aportes de la considerada escuela de los “nuevos movimientos sociales” caracterizada por las contribuciones de Alain Touraine, Claus Offe y Alberto Melucci, entre otros.

Por otra parte, también las décadas de los '60 y los '70 serán testigos de una significativa revitalización del pensamiento crítico, que también en el sur del mundo habrá de expresarse en una diversidad de corrientes y enfoques. A mediados de la década del '70, el inicio de un período marcado por el triunfo del neoliberalismo como salida capitalista a la confrontación social y la crisis, significará consecuentemente el debilitamiento del pensamiento crítico y su progresiva condena a un lugar marginal en el terreno de las instituciones académicas bajo el peso del pensamiento único y los anuncios del “fin de la historia”.

Sin embargo, a partir de mediados de la década de los '90 se reiniciará en América Latina un nuevo ciclo de conflictos y movilizaciones en contestación al modelo neoliberal y sus trágicas consecuencias. Sus comienzos estarán marcados por el levantamiento zapatista en el sureste mexicano en los inicios de 1994; las puebladas y cortes de ruta en el norte y sur de la Argentina en 1996 que fecha el nacimiento del llamado movimiento “piquetero” de trabajadores desocupados; y las movilizaciones indígenas y campesinas en Ecuador que precipitaron la caída del gobierno de Abdalá Bucaram en 1997. Tres hechos -en el norte, sur y los andes del subcontinente- que grafican la proyección regional de este ciclo de protestas que marcará la emergencia y el protagonismo de significativos sujetos colectivos que fueran nominados haciendo referencia al término “movimientos sociales”.

Surgidos de las profundidades de las selvas y sierras latinoamericanas, de las periferias de los grandes latifundios, circuitos comerciales y ciudades, la constitución de estos movimientos con capacidad de articulación y peso nacional recorrió la historia de su crecimiento organizacional y proyección de su influencia desde estas periferias al centro económico y político del espacio nacional en un camino marcado por movilizaciones y levantamientos. Desposeídos o amenazados por la expropiación de sus tierras, su trabajo o sus condiciones de vida, muchas de estas organizaciones se constituían en la identificación política de su desposesión (los sin tierra, sin trabajo, sin techo), de las condiciones sobre las que se erigía la opresión (los pueblos originarios) o de la lógica comunitaria de vida amenazada (los movimientos de pobladores, las asambleas ciudadanas). Así, estos movimientos sociales tenían características distintivas que los diferenciaban de aquellos que habían ocupado el centro de la escena pública en

el pasado, tanto en el terreno de las prácticas colectivas como de las formas de lucha, organización, planteos reivindicativos, programáticas y horizontes de cambio enarbolados.

En el ciclo de resistencia al neoliberalismo estos movimientos se entrecruzaban y convergían con otros sujetos urbanos como los trabajadores –especialmente la masa creciente de precarizados y del sector público–, los estudiantes y jóvenes y los sectores medios empobrecidos, donde también nuevos procesos de conflicto y organización tenían lugar. Cuando esta convergencia amplia se produjo, con la suficiente intensidad, los sectores subordinados irrumpieron en la ciudadela de la gobernabilidad política neoliberal imponiendo con movilizaciones no sólo la caída de gobiernos sino también la legitimidad callejera como sustento de una recobrada soberanía popular.

Así, en este proceso, desde el año 2000 hasta por lo menos el 2005 habrá de desplegarse en la región un nuevo período que debe considerarse como el de la crisis de legitimidad del modelo neoliberal, y que hubo ciertamente de adoptar diferentes características e intensidades según los países y regiones. La expresión más profunda de este proceso tuvo lugar bajo la forma de los levantamientos urbanos, las insurrecciones y grandes conflictos nacionales que conllevaron la renuncia de seis presidentes latinoamericanos entre los años 2000 y 2005. Nos referimos a las caídas de los gobiernos de Fujimori en Perú (2000), Jamil Mahuad (2000) y Lucio Gutiérrez (2005) en Ecuador, Fernando de La Rúa en Argentina (2001), Gonzalo Sánchez de Losada (2003) y Carlos Mesa (2005) en Bolivia. En el mismo período, vale mencionar también la movilización nacional promovida por el movimiento zapatista en México en 2001 en lo que se llamó la “caravana de la dignidad indígena” así como el intenso proceso de movilización y radicalización social que habrá de tener lugar en Venezuela en respuesta a la tentativa de golpe de estado en abril de 2002 y que se prolongará hasta por lo menos el referéndum revocatorio presidencial de 2004.

A la luz de estas experiencias, el uso del vocablo “movimientos sociales” hubo de generalizarse entre las diferentes corrientes y enfoques teóricos e incluso, y fundamentalmente, como forma de autodesignación por las propias organizaciones y sujetos colectivos.

En lo que sigue intentaremos reflexionar sobre dos señalamientos que creemos vale considerar sobre ello. Por un lado, la influencia de escuelas teóricas que enfatizan dicho concepto y que reflejó, en cierta medida, la pérdida de relevancia académica y política de las corrientes del pensamiento crítico durante la década de los '90. Y, por otro lado,

que en la práctica efectiva, el concepto y algunos de sus atributos más interesantes servirán muy especialmente a dar cuenta de las particularidades que caracterizaran la acción transformadora de los sujetos colectivos contemporáneos. Procuraremos entonces desentrañar las perspectivas y confrontaciones que se plantean en relación con estas dos cuestiones.

Los movimientos sociales en contraposición al movimiento obrero

En las últimas décadas se ha extendido, tanto en ciertos medios académicos como políticos y militantes, la utilización del término movimiento social para referenciar a aquellas experiencias protagonizadas por sujetos colectivos diferentes del denominado movimiento obrero o sindical. Una distinción más aporética que afirmativa muchas veces orientada a contraponer uno con otro o a decretar el reflujo e irreversible desaparición del conflicto laboral. Esta perspectiva, de manera transparente o inconsciente, es en rigor de verdad heredera en gran medida de los preceptos formulados por la llamada escuela de los nuevos movimientos sociales (ENMS) a la que hemos hecho mención en el punto anterior. La difusión, persistencia y reproducción de esta noción es sólo un pequeño ejemplo de la extendida influencia que dicha escuela ganó sobre los estudios latinoamericanos en relación a la protesta y la acción colectiva en América Latina en las últimas décadas y que se refleja en el lugar preeminente que le cabe en la academia latinoamericana, hegemonía compartida con la referida corriente de las “oportunidades políticas”.

Como mencionábamos anteriormente la ENMS surgió y se consolidó frente a la dinámica de creciente movilización y de conflictividad social experimentada en Europa a partir de los años ´60, siendo que sus reflexiones se profundizaran en los ´80 tras las derrotas de la radicalización y cuestionamiento social al capitalismo primero, y las resistencias frente al neoliberalismo después. Una de las particularidades que hubo de llamar la atención de estos autores fue justamente que dicha dinámica de movilización contaba entre sus principales protagonistas a movimientos feministas, estudiantiles, pacifistas, ecologistas, ciudadanos, de consumidores, entre otros, que parecían destacarse frente al conservatismo de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero. En este sentido, con diferencias entre las distintas vertientes, la ENMS coincidirá en identificar este ciclo de movilizaciones como un indicio irrefutable de las tensiones provocadas por el advenimiento de una sociedad “pos-industrial” caracterizada por la caducidad de los antagonismos de clase (Touraine, 1993) o su

resignificación bajo nuevos paradigmas (Offe, 1988). En esta mirada, los llamados “nuevos movimientos sociales” -considerados también simplemente como “los movimientos sociales” actuales- ya no lucharían por bienes materiales sino por los recursos simbólicos y culturales, por el significado y la orientación de la acción social (Melucci, 1999). Distinguidos por enfatizar los valores de la autonomía individual y promover acciones no convencionales, estos movimientos se caracterizarían por no constituirse en clave socioeconómica ni estar sesgados por el corporativismo o particularismo atribuido como característica de la acción colectiva de los trabajadores; aunque al ser considerados en términos de su inscripción económica, los mismos resultarían ser más homogéneos de lo confesado ya que se asentaban fundamentalmente en la participación de sectores medios.

Dichos “nuevos movimientos sociales” no sólo se diferenciaban sino que además tendían a contraponerse al movimiento obrero demonizado ahora por su arcaísmo. En esta perspectiva, los movimientos de clase dejaban lugar a la aparición de nuevos movimientos caracterizados por orientarse a la disputa por los recursos culturales o simbólicos, formulándose de esta manera una crítica a los esquemas interpretativos del paradigma marxista en particular, y del pensamiento crítico en general. Se postulaba así el abandono de la consideración del antagonismo de clase capital-trabajo y de las formas de explotación inherentes a esta relación social bajo una pretendida superación del mismo por corresponder a un modelo social del pasado. En este sentido, esta novedad era la expresión del advenimiento de una nueva sociedad que, surgida desde la década de los 70, fuera nombrada de diferentes maneras -como post-industrial, post-moderna, post-material, de la información, o compleja- y que dejaba atrás una matriz de preponderancia industrial para asignar un lugar relevante a la producción y circulación del conocimiento y la información. Ciertamente, resulta por lo menos sugestivo que esta transformación social -que diera nacimiento a lo que luego recibiría el nombre de “neoliberalismo”- signada por un profundo, extenso y trágico proceso de concentración del ingreso y la riqueza a escala internacional (Boron, 2003; Amin, 2001) fuera justamente interpretada como el advenimiento del predominio de la disputa sobre los recursos culturales y las identidades.

Así, la crítica al análisis de clase y el énfasis en el entramado de la nominación simbólica de los diferentes sistemas sociales conducía a concebir ahora la naturaleza del conflicto como no contradictorio y cuya resolución no supondría necesariamente una transformación profunda de la sociedad existente que parecía adoptar cierto aire de

eternidad. De esta manera, se producía el ocultamiento de la llamada “cuestión social” (Murillo y Seoane, 2008).

En esta dirección, la reflexión propuesta por la ENMS conllevará la difusión de dos paradigmas. El de la novedad, a partir del cual se establece la oposición entre los antiguos movimientos de base clasista y los nuevos, suponiendo una valoración positiva de estos últimos no ya en función del carácter emancipatorio de sus proyectos, sino por su correspondencia con el orden social vigente. Y el paradigma de la diferencia que implica una desvalorización y cuestionamiento a la idea de igualdad –asignada como propia de la modernidad- por la contemplación de la diversidad en el terreno cultural abriendo el camino al camuflaje del proceso de creciente desigualación económica y social que caracterizaba a la nueva fase neoliberal.

La fortuna e influencia de la que gozó la ENMS en los ámbitos latinoamericanos debe en parte su acreencia a las particularidades de la acción colectiva durante la década de los '80 -sobre todo en el Cono Sur durante los años de las llamadas “transiciones democráticas” y el despliegue de movimientos juveniles, culturales y de derechos humanos- y luego durante los '90, con el reinicio del nuevo ciclo de conflictos y movilizaciones. De esta manera, frente a un pensamiento crítico que se encontraba aún en una situación defensiva y que había sido intensamente cuestionado y marginado bajo el imperio del neoliberalismo, la ENMS parecía ofrecer un marco conceptual de tradición europea aparentemente capaz de dar cuenta de los significativos movimientos sociales que emergían en el escenario regional en confrontación con las políticas neoliberales y que parecían inscribirse en las fronteras de la relación capital-trabajo -por lo menos, tal como la misma había cristalizado bajo el capitalismo de posguerra- distinguiéndose, en muchos casos, por basar su propia constitución en la delimitación de marcos identitarios comunes. Se producía así un segundo desplazamiento, de naturaleza eurocéntrica. La conceptualización de los “nuevos movimientos sociales” inspirados en la realidad europea de las décadas de los '70 y '80 se trasladaba a la nueva configuración que presentaba la protesta y la movilización de los sujetos sociales en América Latina de cara a la aplicación de las políticas neoliberales, sin que esta operación supusiera ninguna evaluación de su propiedad teórica. Así, la influencia de esta perspectiva no sólo propendía al ocultamiento de la cuestión social sino también al enmascaramiento de la dominación colonial. Ciertamente, en ello se encerraba el hecho de que si en los primeros aparecían reflejados los sectores medios, en los segundos sus protagonistas principales eran los “pobres de toda pobreza”, el “eslabón más débil”, “la

imposibilidad sociológica”, aquellos hombres y mujeres más castigados por la aplicación del recetario neoliberal.

En este sentido, el desafío que se le plantea al pensamiento crítico reside en formular tanto un cuestionamiento a esta visión, como una conceptualización propia respecto de la novedad que presenta la conflictividad y movilización social actual. Ello significa, entre otras cuestiones, abordar la relación entre los conceptos de “movimiento social” y clases sociales en referencia a los campos de disputa abiertos por las transformaciones recientes en los capitalismos latinoamericanos.

Movimientos sociales, sujetos y clases en el pensamiento crítico.

Como señalábamos anteriormente, el desafío de superar una concepción que circunscribe el concepto de movimiento social a la nominación de aquellos diferentes del movimiento obrero y sindical se combina, para el pensamiento crítico, con el de trascender una referencia meramente genérica y descriptiva. Así, para esta perspectiva, la problemática de los movimientos sociales orientada especialmente a dar cuenta de la acción de los sectores subalternos plantea como una de las cuestiones principales a elucidar la relación entre el concepto de movimiento social y el de clases sociales.

Aunque dicha relación no ha sido abordada directamente en la mayoría de los estudios latinoamericanos recientes, la misma puede rastrearse fácilmente en la revitalización de los debates y contraposiciones entre las interpretaciones que valorizan los procesos de constitución subjetiva, por un lado, y aquellas que enfatizan los condicionamientos económicos-estructurales, por el otro. Una tensión cuya resolución ahistórica corre siempre el riesgo de reproducir miradas signadas por el determinismo economicista o por el idealismo ahora bajo la influencia del llamado “giro lingüístico” y la pérgola “posmoderna”.

Por otra parte, esta cuestión de la relación entre la conceptualización de los movimientos sociales y el análisis de clase se ha planteado en los últimos tiempos, mucho más frecuentemente aunque de manera menos directa, en la consideración de las particularidades que signan a la conflictividad social y la acción colectiva desplegada en la región desde mediados de la década de los '90 a la luz de las transformaciones estructurales que caracterizaron la implantación en la región del capitalismo en su versión neoliberal. El análisis de dichas transformaciones, ciertamente en un sentido completamente distinto y contrapuesto al promovido por la ENMS, plantea considerar

la realidad surgida de dichos cambios como campo de relaciones de fuerza sociales en el marco de los cuales emergen y reconfiguran los movimientos sociales latinoamericanos.

Desde esta mirada, la novedad de la acción contenciosa y colectiva contemporánea se relaciona directamente, aunque no de manera unilateral, con la fase capitalista neoliberal en curso y con la especificidad latinoamericana –y del mundo periférico en general-, cuestiones sobre las cuales conceptos como el del “colonialismo interno” (González Casanova, 2006) y el de “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004), entre otros, han aportado tanto para su comprensión. En esta dirección, el carácter histórico que presenta la acción de los sujetos subalternos lejos de conducir a presuponer la abolición de las contradicciones propias del capitalismo refiere también al análisis de las características que adopta su “reproducción ampliada” más allá de la esfera del trabajo y de la dimensión económica.

Así, la conceptualización de la novedad para el pensamiento crítico supera la falaz oposición entre bautizados nuevos o viejos movimientos sociales para propender una mirada que concentra la atención en la delimitación de continuidades y rupturas que atraviesan al conjunto de los movimientos sociales y las prácticas colectivas y que se distingue de la específica valoración de las mismas en términos de su sentido emancipatorio o conservador.

Dicha resolución del estatus teórico de la novedad resulta una tarea importante también a la hora de no confundir las formas político-sociales y organizativas que asumió la acción colectiva de los sectores subalternos en la fase capitalista precedente -signada, entre otras cuestiones, por la preeminencia de la forma sindical bautizada habitualmente bajo el rótulo de “fordista”- con la conceptualización de las clases en general y, en particular, con el análisis de las dinámicas sociales contemporáneas. En este sentido, una parte importante del esfuerzo más interesante de la reflexión crítica ha estado orientado al análisis del impacto de las transformaciones estructurales resultado de la aplicación de las políticas neoliberales en la reconfiguración, debilitamiento y crisis de los modelos sindicales de la fase anterior. En esta dirección, conceptualizaciones como por ejemplo la referencia a la “clase que vive del trabajo” (Antunes, 2005) han aportado tanto al reconocimiento de la diferenciación acontecida en su seno como a formular una estrategia de articulación de estos diferentes sectores. Dichos elementos se suman y debaten también con aquellos otros que, frente a la barbarie con la que amenaza la fase capitalista neoliberal, han enfatizado la referencia a la humanidad como el sujeto actual de la emancipación.

Por otra parte, el impacto de estas transformaciones -a despecho de lo anunciado tantas veces por los tanques de ideas neoliberales- estuvo lejos de suponer el “fin del trabajo” y del sujeto “trabajador” en el terreno de la conflictividad. En relación a ello, la evidencia que resulta del seguimiento de los conflictos sociales en Latinoamérica entre los años 2000 y 2006 concluye en que aproximadamente un tercio de los hechos de protesta registrados corresponden a acciones protagonizadas por colectivos u organizaciones de trabajadores ocupados. Este peso cuantitativo, sin embargo, debe considerarse a la luz del sesgo local o sectorial que caracteriza a la mayoría de dichas acciones así como con su reconfiguración a favor de una mayor centralidad de los conflictos del sector público-estatal en sus diferentes niveles, siendo que serán estos trabajadores y empleados los que encarnen alrededor de dos tercios de las protestas del conjunto de los trabajadores (Seoane, Taddei y Algranati; 2006).

Sin embargo, todas estas consideraciones no responden aún de manera acabada al problema de la relación entre la conceptualización en términos de movimientos sociales y de clases. En este sentido, la emergencia y consolidación de organizaciones y movimientos indígenas de significativa proyección nacional e internacional en el cuestionamiento al orden del capitalismo neoliberal surgidos o potenciados en las últimas décadas en numerosos países de la región plantea, entre otras cuestiones, un desafío imprescindible a la consideración del análisis de clase, mayor incluso del que abrieron las experiencias de los movimientos juveniles, feministas o de “afrodescendientes” en las décadas de los '60 y '70. Una visión que reduce su naturaleza a una raíz campesina signada por una pretendida racionalidad de intereses socio-económicos o que desvaloriza su identidad indígena al presentarla en términos de “ideologías étnicas” reitera ciertamente visiones deterministas. Por el contrario, la tradición y la actualidad del pensamiento crítico latinoamericano cuenta con importantes aproximaciones teóricas para comprender la especificidad del movimiento indígena así como conceptualizaciones como la “colonialidad del poder” (Quijano, 2000; Lander, 2000) permiten dar cuenta no sólo de su vitalidad en la conflictividad social sino también, y especialmente, del valor transformador y emancipatorio de sus programáticas específicas, particularmente de la propuesta del llamado Estado plurinacional.

Ciertamente, para ello debemos privilegiar una visión que enfatiza la idea de las clases sociales no como objetos sino como relaciones; donde la existencia de las mismas se referencia en la comunidad relativa de situación y destino, en el sentimiento de pertenencia a un mismo mundo y en su constitución como sujeto colectivo; y que, en

ese sentido, enfatiza el papel del conflicto o la lucha como su principal elemento constitutivo. En esta línea, pueden establecerse ya múltiples relaciones con aquellas prácticas colectivas que se nombran bajo el concepto de movimientos sociales. Los mismos referencian a una construcción socio-histórica colectiva en la que participan sectores y grupos que experimentan la explotación, la desposesión, la opresión y la dominación y donde la dimensión de clase cuenta como una de sus determinaciones principales aunque no la única. De esta manera, la apelación al concepto de movimientos sociales utilizada en forma más bien retórica o para nombrar la emergencia de formas de lucha relativamente novedosas, asume otro espesor teórico resituada en referencia a estas prácticas contestatarias.

Ciertamente ello indica que nos encontramos ante una definición de movimientos sociales que no pueden considerarse ni homogéneos ni estáticos. Lejos de su personificación ahistórica, los mismos resultan polimorfos y cambiantes, atravesados por tensiones y conflictos a su interior -signados por pulsiones anticapitalistas y tendencias conservadoras- en el marco de los procesos socio-políticos sobre los que inciden y que los modifica (Vakaloulis, 2003). Estas particularidades histórico-concretas son una razón más de la importancia de los estudios empíricos y de su circulación y debate al interior del campo del pensamiento crítico. En este sentido, en tanto es en el conflicto donde se constituyen y recrean permanentemente estos sujetos colectivos, la misma noción de conflicto puede considerarse como un operador epistémico que permite abordar y desenvolver la tensión entre asignarle la prioridad al sujeto o la estructura en el análisis sociohistórico. Desde esta perspectiva, el concepto de movimiento social no sólo se inscribe en un contexto histórico específico sino que también nos conduce, lejos de toda visión homogeneizante, a dar cuenta de una identidad y organización compleja -y mucha veces contradictoria- que tanto se delimita y constituye en el terreno de la conflictividad como que encierra también tensiones y luchas en su interior; y que refiere a diferentes planos de la práctica social, como a formas organizativas y métodos de lucha, programáticas y horizontes de cambio.

La nueva configuración de los movimientos sociales.

De esta manera, el pensamiento crítico latinoamericano reciente ha dedicado una parte importante de sus esfuerzos al análisis, conceptualización y valoración en términos de los proyectos emancipatorios de las características particulares que signaron la configuración de los movimientos sociales emergidos a nivel regional en las últimas

décadas. Reflexiones que motivaron y aún despiertan importantes debates al interior de dicho campo en una muestra de la actual revitalización que lo caracteriza tras la oscura noche del pensamiento único. Así, la exploración de las novedades de la acción colectiva abordó el entendimiento de las especificidades de los sujetos sociales, de la morfología de la protesta y la organización colectiva, de las prácticas constituyentes, las identidades y la naturaleza de las reivindicaciones, y de la orientación de los marcos programáticos y los horizontes emancipatorios planteados.

En ese sentido, una de las características que han sido resaltadas refiere al hecho de que la práctica colectiva que signó la acción de muchos de estos movimientos sociales estuvo orientada por una dinámica de apropiación social del territorio (Ceceña, 2000; Porto Gonçalves, 2003). Bautizada en algunos casos como “nueva territorialización” (Zibechi, 2003) esta tendencia a la reapropiación comunitaria del espacio de vida refiere tanto a las características que adoptan las formas de lucha signadas por la ocupación mucha veces prolongada de un espacio o territorio determinado (las ocupaciones de tierras, viviendas, rutas, pueblos o ciudades) como también a la expansión de las experiencias de autogestión productiva, de resolución colectiva de necesidades sociales (por ejemplo en el terreno de la educación y la salud) y de formas colectivas no estatales de gestión de los asuntos públicos (Quijano, 2004). En este *continuum* diverso pueden abarcarse los asentamientos del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil, las comunidades indígenas en Ecuador y Bolivia, los municipios autónomos zapatistas en México, los emprendimientos productivos de los trabajadores desocupados y las fábricas recuperadas en Argentina, así como las puebladas y levantamientos urbanos que conmovieron a diferentes ciudades de la región. En tensión permanente con el mercado y el Estado, extendidas en el tiempo o inestables y temporarias, asentadas en prácticas de producción y reproducción de la vida u operando simplemente en el terreno de la gestión de lo público-político, esta dinámica de reapropiación colectiva del territorio pareció orientar la experiencia no sólo de los movimientos indígenas y campesinos sino también en el espacio urbano.

En vinculación con estas experiencias, la práctica de los movimientos sociales latinoamericanos planteará una renovación profunda de la noción de autonomía que fuera históricamente -en particular bajo la noción de independencia política- una característica del debate y la práctica emancipatoria. Esta renovación, particularmente intensa en las experiencias y programáticas de los movimientos indígenas, aparecía así estrechamente vinculada a las formas de autogestión económica y territorialización que

se describieron anteriormente (González Casanova, 2003; Ceceña, 2008). Anticipaciones en el presente de la nueva sociedad a la que se aspira, reserva estratégica y base organizativa de los movimientos, estrategias de subsistencia adaptables y funcionales a la reproducción del capitalismo neoliberal, estas experiencias de autogestión productiva han motivado encontradas y diferentes evaluaciones. Asimismo estas prácticas se han proyectado en el terreno de la gestión comunitaria del territorio y han estado en el centro de los debates sobre la valoración de la autonomía, la naturaleza del poder y el papel del Estado en el camino de la transformación social. Así, su entendimiento se tradujo en la conceptualización del contrapoder (Hardt y Negri, 2002), del antipoder (Holloway, 2002), del poder popular, de un renovado asociativismo y mutualismo o como parte de una estrategia de toma del Estado (Boron, 2001); referencias que evocan discusiones anteriores al interior del pensamiento crítico. Así también, en el proceso latinoamericano reciente estas prácticas fueron postuladas como una de las bases del llamado “socialismo del siglo XXI”.

Con un sentido diferente, de la mano de la promoción del llamado “tercer sector” y la “economía solidaria”, políticas focalizadas y de contención social estimuladas desde el Banco Mundial y los Estados nacionales han revitalizado sus esfuerzos en pos de la construcción de un diagrama de colonización de estas experiencias. Por otra parte, políticas represivas han operado sobre los procesos más dinámicos y radicales con el objetivo de recuperar los territorios conquistados por los movimientos sociales y reafirmar la legalidad de la apropiación privada de los mismos.

La tercera característica de la práctica y la programática enarbolada por muchos de los movimientos sociales recientes en América Latina refiere a una revalorización y reinención de la cuestión democrática. Ciertamente, en el marco de las sociedades capitalistas, desde la conquista del sufragio universal a los cuestionamientos de la matriz de apropiación desigual de los ingresos y recursos sociales, la acción colectiva y el protagonismo de los oprimidos forjaron los logros democráticos obtenidos en el terreno político, social y económico. En este sentido, el ciclo de movilización social que se desplegó a nivel regional desde mediados de la década de los '90 no hubo de ser la excepción. En este caso, la experimentación y programática desarrollada en el terreno democrático por los movimientos sociales fue tan intensa y rica que motivó su consideración en el sentido de una reinención de la democracia (De Souza Santos, 2002) y de su relevancia en términos de los horizontes emancipatorios (González Casanova, 2002). Dicha experimentación puede sistematizarse en, por lo menos, tres

planos diferentes: a) el de la construcción organizativa de los propios movimientos; b) en la forma de la construcción de las convergencias multisectoriales; y c) en la programática enarbolada en relación con el Estado y la forma de gestión de lo público-político. En relación con el primero, la búsqueda de formas más participativas y democráticas de organización orientadas a atenuar los peligros de la burocratización y la manipulación fueron una característica de muchas de las organizaciones sociales. Ejemplo de ello fue la expansión de la matriz asamblearia y el despliegue de instrumentos de control de la delegación que trajo aparejado (Svampa, 2008). En este caso seguramente la voz zapatista del “mandar obedeciendo” fue quizás la más clara y sugerente. En segundo lugar, una utilización particular de expresión de la voluntad democrática y de formas amplias y flexibles de articulación basadas en el acuerdo para la acción pareció estar presente en las dinámicas de construcción política multisectorial y en las iniciativas de disputa de la hegemonía. En esta dirección debiera contabilizarse, también, la relativa expansión de las formas “coordinadora” o “foro” como mecánicas organizativas de articulación entre diferentes sectores y organizaciones. El tercer plano que aquí se menciona nos conduce a aquel conjunto de demandas, programáticas y prácticas colectivas orientadas tanto a promover una democratización radical de la dinámica estatal cuanto a sostener y desarrollar las experiencias de gestión de lo público-político de carácter comunitario no estatal. En este sentido, es necesario no olvidar las demandas de puesta en práctica de los instrumentos de la democracia participativa (Lander, 2007), de transformación de la lógica liberal-estatal y de legalización de las formas de autoridad y justicia propias de los pueblos indígenas que fructificaron en la demanda del Estado plurinacional y de Asamblea Constituyente (Tapia, 2007) que formó parte del pliego reivindicativo de muchos de los movimientos sociales en el continente.

Una última característica que quisiéramos mencionar es la que refiere a la emergencia de coordinaciones en el plano regional o internacional entre distintos movimientos y organizaciones nacionales y que dio vida al llamado “movimiento altermundialista” en oposición a la globalización neoliberal. Estas experiencias que tuvieron de manera profunda y singular la práctica de los movimientos sociales (Petras, 2000), fueron consideradas como la expresión de un “nuevo internacionalismo” en relación a las novedades que introducían en la recuperación de pasadas tradiciones de solidaridad y articulación socio-política a nivel mundial que habían cristalizado, entre otras formas, en las bautizadas y sucesivas Internacionales desde fines del siglo XIX. En

relación a ello y entre otros aspectos, este internacionalismo se revelaba nuevo justamente por el carácter eminentemente social de los actores involucrados que aparecían referidos mayoritariamente bajo la nominación de “movimientos sociales”, aunque este carácter estaba lejos de suponer -por si hiciera falta la aclaración- la ausencia de inscripciones ideológico-políticas. Otras características que fueran referidas respecto de su novedad fueron la heterogeneidad y amplitud de los sujetos sociales abarcados en estas convergencias de movimientos (desde organizaciones sindicales, campesinas, indígenas, de mujeres, ambientalistas, estudiantiles, etc.), la extensión geográfica que las mismas alcanzaban y las formas organizativas que asumieron estas articulaciones que priorizaban la coordinación de acciones globales y campañas comunes (Seoane y Taddei, 2001). Un breve recorrido por su genealogía conduciría desde el Iº Encuentro por la Humanidad y contra el neoliberalismo (1996) y las protestas contra el Acuerdo Multilateral de Inversiones (1997 y 1998), a la “batalla de Seattle” que frustró la bautizada Ronda del Milenio de la Organización Mundial del Comercio (1999), la creación y profundización de la experiencia del Foro Social Mundial (desde el 2001); las “jornadas globales” contra la intervención militar en Irak (2003); y el surgimiento y desarrollo de las campañas contra el libre comercio y la guerra que tuvieron su capítulo americano más significativo en la oposición al proyecto estadounidense del ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) y a los tratados comerciales con los EE.UU.

Esta breve presentación, claro está, no agota la exposición de los principales elementos que caracterizaron a los movimientos sociales en las últimas décadas. En esta dirección, ciertamente el título de “social” asignado a estos movimientos y, consecuentemente, sus posicionamientos respecto de la política y el Estado habrán de constituirse también en otra de sus especificidades. Intentaremos en el próximo punto abordar nuevamente dicha cuestión.

Los movimientos sociales y la dimensión política

En la producción social crítica, uno de los principales cuestionamientos vertidos respecto de la valoración del concepto de “movimiento social” –y de la configuración de los propios movimientos- resultó de considerar devaluado o limitado el alcance explicativo del término en tanto no comprendería y más bien excluiría la dimensión política tendiendo a circunscribir las prácticas colectivas y emancipatorias al terreno de un “social” distinto y contrapuesto a dicha dimensión. Ciertamente, si así fuera no

tendría mucho interés la invocación de esta categoría como herramienta para abordar las más significativas expresiones de los antagonismos sociales en el capitalismo actual. Sin embargo, a la luz de la experiencia latinoamericana reciente podemos observar - tanto en la práctica como en la reflexión que caracteriza a numerosos de los nominados o auto-nominados movimientos sociales- como se destaca un extremadamente fértil proceso de reconceptualización de la política como terreno de la acción colectiva y como práctica de cambio social. Asimismo, tiene el peso de la evidencia empírica incontrastable el hecho de que dichos movimientos sociales protagonizaron el cuestionamiento y la impugnación societal a las políticas neoliberales y sus regímenes y gobiernos en el marco del ciclo de conflictividad surgido desde mediados de la década de los '90, como ya señalamos.

En este sentido es importante considerar en primer lugar que el referido cuestionamiento a la “apoliticidad” de lo “social” parece en realidad inspirarse y reproducir las más de las veces, de forma consciente o inconsciente, la propia matriz del pensamiento liberal que parte de la afirmación de la escisión entre lo social y lo político. Desde esta mirada, la constitución de estos dos ámbitos refiere de manera insoslayable al proceso de construcción del Estado como árbitro neutral y garante de la soberanía sobre el territorio y la trascendencia que tuvo en esta construcción la referencia al mítico “pacto de unión” que simultáneamente edifica “lo social” así como también, y consecuentemente, constituye la cuestión de las poblaciones y sus rebeldías como problema de gobierno. Este proceso significó la sujeción de la vida práctica de las mujeres y los hombres a la concepción de ciudadanos integrantes del cuerpo moral o de la voluntad colectiva (Murillo, 2008); pero también, desde una perspectiva crítica, el mismo pondrá en evidencia el problema de la recurrente emergencia de la “cuestión social” entendida como expresión del abismo existente entre los derechos proclamados y la realidad efectiva en la cual estos son denegados para las mayorías humanas (Donzelot, 1995).

En este sentido, tal como lo señala el propio Marx en la ya referida obra *Miseria de la filosofía*, en la sociedad capitalista “el poder político es precisamente la expresión oficial del antagonismo dentro de la sociedad civil” ya que “no hay jamás un movimiento político que al mismo tiempo no sea social” en tanto existen los antagonismos de clase (Marx, 1987). Esto es tan cierto cuanto que dicho Estado, para la perspectiva crítica, está signado por una matriz de dominación o de clase que los debates sobre su conceptualización no pueden servir a ocultar. En esta dirección,

Aníbal Quijano señala que la lucha que opte por el camino de obtener el control del Estado resulta limitada para avanzar en la transformación social en tanto “el control más o menos democrático del Estado, la ciudadanía como igualdad jurídica de desiguales en el poder, no llevó, no puede llevar, hacia una continua expansión de la igualdad social, de la libertad individual y de la solidaridad social, de la democracia en suma” (Quijano, 2000a).

En segundo lugar, aproximarnos a la cuestión de los movimientos sociales buscando alumbrar la forma en que se expresa la tensión entre lo social y lo político requiere historizar el proceso de transformaciones que configuraron el régimen de dominación frente al cual surgió el último ciclo de protestas sociales en América Latina. En relación a ello, la implantación del neoliberalismo en la región recorre un período de tres décadas que va desde las dictaduras contrainsurgentes a partir de 1973 a la construcción de un “consenso por apatía” constituido en base a la recreación y supervivencia del terror (Murillo, 2004).

En este proceso, la década de los '90 signada por los anuncios del “fin de la historia” y de la “globalización”, supuso la expansión de un modelo de gestión basado en la extinción de la política como posibilidad de cambio, movilización colectiva e incluso como espacio de referencias y debates ideológico-programáticos aún en el universo de las disputas al interior del bloque de los dominantes. Con el mercado consolidado en el lugar de la nueva utopía social, en el plano político-estatal se expandieron experiencias tales como la privatización mercantil de lo público, el gerenciamiento empresarial y tecnocrático y la video-política, entre otras tecnologías de gobierno.

La irrupción de los movimientos sociales en la escena pública latinoamericana venía así a cuestionar y a quebrar esta reducción y dilución de la política a la mera administración técnica del programa único de las contrarreformas neoliberales y al desarrollo de las tecnologías de control de las poblaciones y sectores sociales afectados gravemente por la apropiación y concentración del ingreso y la riqueza. En este sentido, esta reelaboración de la política como praxis colectiva de transformación de lo existente supuso el cuestionamiento a su confinamiento como actividad específica y monopólica del Estado, cuyos únicos legítimos instrumentos residían en las mediaciones partidarias tradicionales cuestionando de esta manera la matriz política liberal (Tapia, 2007). Ello supuso una reformulación de la política en tres terrenos simultáneos: el de la construcción colectiva de la gestión comunitaria del territorio por fuera y en tensión con la intervención estatal; el de la búsqueda del cambio de las políticas públicas bajo la

demanda, confrontación y negociación con el Estado y los gobiernos; y, en tercer lugar, el del cuestionamiento de la matriz estatal y búsqueda de su transformación en un horizonte donde la gestión de los asuntos públicos societales se postula más allá de la forma estado. De esta manera, la política se conjugará indisolublemente como un método de democratización de las relaciones sociales y de las formas de gestión de los asuntos colectivos tendiendo a expandir el “poder hacer” colectivamente en detrimento del “poder sobre” los otros (Holloway, 2002). Desde esta perspectiva, se distingue como tendencia de los procesos de resistencia sociales en curso la construcción de espacios públicos no estatales frente a la propensión oclusiva del Estado capitalista que supone la expansión de las desigualdades e inequidades sociales (González Casanova, 2003; Quijano, 2000b). En este sentido, estas experiencias implicaban la ruptura de la escisión propia del paradigma liberal entre lo social y lo político, gestando los principios de una nueva sociedad y reinstalando la potencia de la utopía de un orden social que suponga la disolución de estas esferas de enajenación.

En esta misma dirección, y en tercer y último lugar, pueden ser considerados los procesos destituyentes, los levantamientos sociales y las insurrecciones urbanas que, como ya mencionamos, cruzaron la geografía regional entre los años 2000 y 2005 precipitando profundas crisis políticas y forzando la renuncia de presidentes, caída de gobiernos y apertura de transiciones que caracterizaron este período de crisis de legitimidad del régimen neoliberal. En el mismo sentido, y en el marco de largos períodos de luchas socio-políticas, se inscriben también los procesos constituyentes que, sobre todo en el área andina, han condensado toda una serie de demandas en el terreno de las transformaciones sociopolíticas siendo capaces de construir coaliciones sociales amplias y multisectoriales (Lander, 2007; Tapia, 2007; Larrea Maldonado, 2006; Svampa, 2008).

Ciertamente estos procesos de confrontaciones y crisis hubieron de modificar profundamente el escenario de lo político-estatal y del propio régimen de dominación. Ello supuso para los movimientos sociales, en algunos casos, la apertura de una capacidad de incidir en la orientación de las políticas públicas y la acción del Estado en un sentido progresivo anti-neoliberal. Como contracara, también se destaca la emergencia de nuevas “tecnologías de gobierno” (Foucault, 2006) que tienden a incorporar la participación ciudadana al dispositivo, con el objetivo de recolonizar lo “social” por parte del Estado; y como sustento ideológico y material para llevar adelante

una nueva ola de reformas estatales y sociales que tienen como uno de sus propósitos la revalorización de una reconfigurada “sociedad civil”.

Por lo anteriormente mencionado, resulta imposible ensombrecer la relación dialéctica entre lo social y lo político presente en las luchas emancipatorias de nuestro tiempo. Los denominados movimientos sociales, en sus prácticas, lejos de restringirse a una lucha meramente “social”, han alcanzado relevancia “política” en numerosos países, a veces trascendiendo también las fronteras nacionales para intervenir e instalarse en el plano internacional. Estas prácticas de movilización han ido gestando, aunque aún embrionariamente en muchos casos, una transformación efectiva de las relaciones de poder; portando entre uno de sus baluartes la utopía actualizada de aquellas relaciones sociales -sin clases- en donde no existiría ya un poder político propiamente dicho.

Los sectores dominantes y la disputa de la movilización colectiva

Ante la crisis de legitimidad del neoliberalismo que señalamos precedentemente, y al mismo tiempo que se abrían importantes espacios de experimentación de alternativas, se desplegaron en los últimos años a nivel regional diferentes estrategias promovidas por los sectores dominantes tendientes a suturar dicha crisis, conjurar la movilización callejera y su conquistada legitimidad democrática y reconstruir la gobernabilidad sistémica y el control del reclamado “orden público”. La construcción de este dispositivo supuso, de distintas formas, la disputa del territorio de la movilización colectiva y tuvo su correlato en la reaparición de acciones colectivas promovidas o amparadas por las propias élites. Asimismo, la energía y fuerza desplegada por los movimientos sociales tendió a ser reabsorbida en términos de las pujas al interior de los mismos sectores dominantes o, en su defecto, estas tensiones buscaron expresarse también en la posibilidad de contar con sus propios grupos de movilización y apoyo en el terreno de la manifestación en el espacio público.

Estos cambios recientes plantearon una serie de nuevas cuestiones al uso de la categoría de “movimientos sociales” y, particularmente, a la asociación directa entre ésta y el reciente ciclo de protestas de cuestionamiento a las políticas neoliberales y la acción de los sectores subalternos. La pregunta sobre si estas manifestaciones colectivas podían ser consideradas bajo el acápite de movimientos sociales reinstaló así una nueva dimensión problemática respecto del uso del término y de su delimitación teórico-histórica. Indaguemos entonces brevemente a que procesos y experiencias nos estamos refiriendo.

En el camino de la reconstrucción de la legitimidad y gobernabilidad sistémica puede contabilizarse en los últimos años a nivel regional un proceso de implementación y expansión de un diagrama de militarización social -que fuera bautizado como “neoliberalismo de guerra” (González Casanova, 2002)- orientado a promover un conjunto de políticas públicas y contra-reformas jurídicas tendientes a reforzar la capacidad punitiva del Estado y ganar eficacia y legitimidad en la tarea de criminalizar la protesta y la acción de los movimientos sociales cuanto también de las “poblaciones pobres” en un renacer de la categoría de “clases peligrosas” que guió al Estado represivo oligárquico de principios de siglo XX. Una de las expresiones de estas políticas ha sido la promoción de la intervención de las fuerzas armadas en el sostenimiento del “orden interno”, siendo la misión militar latinoamericana en Haití, bajo patrocinio estadounidense y francés, no sólo una cruel metáfora del control militar ejercido en las barriadas populares de un pueblo condenado a la pobreza extrema y el tutelaje externo, sino también un verdadero campo de entrenamiento y formación para dichas acciones en el terreno del “conflicto urbano”. Expresión de la “guerra infinita” impulsada por el gobierno estadounidense representado por George W. Bush y justificado bajo las invocaciones a las nuevas amenazas del terrorismo y el narcotráfico, este diagrama se alimenta de la expansión y promoción de la violencia en todas sus formas que en la recreación de un estado de naturaleza “hobbesiano” persigue encontrar justificativos para la instauración de un nuevo Leviatán autoritario. En esta búsqueda de legitimidad deben considerarse especialmente la irrupción de significativas y reiteradas manifestaciones sociales constituidas en clave ciudadana que, en diferentes países latinoamericanos y amplificadas por los medios masivos de comunicación, se desplegaron desde el año 2004 en demanda de mayor seguridad y fortalecimiento de la maquinaria punitiva estatal (OSAL, 2004). Estas manifestaciones en reclamo de seguridad se enlazaron con el desenvolvimiento de un modelo securitario que incorporaba la propia participación ciudadana en el terreno de la “gestión de la seguridad”. En este sentido, esta utilización de la participación ciudadana como tecnología de gobierno de las poblaciones encuentra como uno de sus antecedentes más inmediatos al propagandizado “empoderamiento” de la sociedad civil impulsado por los organismos internacionales en la década de los ‘90. Sin embargo, en este caso se trataba de fundar las bases de un “consenso de seguridad” capaz de reemplazar al quebrantado “pacto social por apatía” que acompañó la aplicación de las políticas neoliberales durante la década anterior (Murillo, 2008).

Por otra parte, los sectores dominantes promovieron también una serie de estrategias tendientes a ganar una capacidad propia de ocupación y manifestación en el espacio público y de interpelación e integración de otros grupos sociales -en particular de sectores medios urbanos y fracciones de sectores subalternos- más allá de las referidas cuestiones de seguridad. Estas políticas se hicieron presentes particularmente en aquellos procesos donde se encuentran en curso transformaciones post-neoliberales de carácter progresivo, especialmente en la tríada del área andina conformada por las experiencias venezolana, boliviana y ecuatoriana. Las tensiones y confrontaciones sociales reflejadas en una significativa polarización política tienden a expresarse así en la aparición de iniciativas de dinámicas de movilización social por parte de los sectores dominantes transformando la ocupación de la calle en uno de los terrenos principales de la medición de fuerzas sociales. Probablemente la primera experiencia a gran escala de ello resultó el ciclo de movilizaciones que se prolongó desde el lock out patronal, el paro petrolero y cívico y la iniciativa del revocatorio presidencial en Venezuela entre 2002 y 2004 y que siguió a la frustración del golpe de estado de abril de 2002 (López Maya, 2005). Por otro lado, la experiencia más reciente refiere posiblemente a la iniciativa de las élites de los departamentos ricos en hidrocarburos y soja del oriente de Bolivia que, tras el triunfo del gobierno nacional en el referéndum revocatorio del 10 de agosto de 2008, promovieron una serie de movilizaciones y violentas protestas que supondrán la ocupación de instituciones estatales nacionales y de organizaciones sociales y alcanzara ribetes de limpieza étnica-política tras la masacre de Pando, siendo caracterizadas incluso como un “golpe cívico”. Estos hechos se inscribían en un prolongado e intenso ciclo de movilización social bajo la bandera de un nacionalismo autonomista con ambiciones separatistas en cuestionamiento al gobierno nacional. La demanda de autonomía departamental promovida por los Comités Cívicos de las provincias del oriente boliviano señala hasta qué punto este diagrama de disputa de la legitimidad callejera puede suponer también un amplio y complejo proceso de colonización y resemantización de las prácticas y los símbolos que fueran patrimonio de la identidad de los movimientos sociales emergidos en las últimas décadas, con sus tentativas de desarme ideológico y dilución de la referencialidad política conquistada por estos movimientos. Ciertamente, estos procesos también cuentan con antecedentes trágicos en el pasado latinoamericano, nos remiten a lo acontecido en Chile, particularmente entre los años 1972 y 1973, en el marco de las confrontaciones sociales

que signaron el periodo de gobierno de la Unidad Popular y las llamadas estrategias de desestabilización y contrainsurgencia.

La emergencia de estas acciones colectivas, protagonizadas por sectores urbanos particularmente altos y medios plantean la consideración sobre si pueden ser abarcadas por la categoría de movimientos sociales y sobre en qué medida ello supondría poner en entredicho la potencialidad crítica de la expresión. Estos interrogantes han redundado en el terreno de la reflexión académica y política en la progresiva reaparición de otros términos para referir a los sujetos colectivos constituidos por la acción de los grupos subalternos, como por ejemplo aquella que los refiere bajo la nominación de “movimientos populares”.

Por último, y en el marco de la morigeración de las tensiones sociales que significó la recuperación del crecimiento económico regional a partir del 2003, los cambios de elencos gubernamentales favorecieron un proceso de recuperación de la legitimidad del Estado, particularmente orientado a reestablecer el monopolio estatal de la política y de las representaciones partidarias como única mediación legítima de la delegada soberanía popular. En este camino, la relegitimación del Estado en el marco de la recuperación del crecimiento económico y del despliegue de renovadas políticas sociales de mayor impacto se tradujo no sólo en la recuperación del control estatal del espacio público - restringiendo la capacidad de acción de los movimientos sociales- sino también en procesos de integración política de fracciones o sectores de las clases subalternas. Estas experiencias tampoco son nuevas en la historia latinoamericana, refieren particularmente a las llamadas “coaliciones pluriclasistas” o a las particularidades del bloque histórico surgido particularmente a mediados del siglo XX de la mano de la expansión de la industrialización sustitutiva y cuyas expresiones políticas suscitaran el uso del término “populismo”, tal vez de características más polisémicas aún que el de “movimiento social”. Ambivalencias de sentido que no dejan de proyectarse así sobre la consideración de “movimientos populares”.

En estas múltiples direcciones, los nuevos escenarios abiertos en la región en los últimos años han supuesto nuevas cuestiones que interpelan sobre el uso y los sentidos de la conceptualización de movimientos sociales aunque están lejos de presuponer la invalidación de la misma.

Algunas consideraciones finales

A lo largo de las notas precedentes hemos intentado presentar aquellas cuestiones que consideramos son los principales nudos problemáticos que el uso del concepto “movimiento social” suscita al pensamiento crítico; y, con este sentido, hemos referido –aún brevemente- a los debates y retos teóricos que dicho campo afronta en relación a ello. Desde nuestra perspectiva, el examen de estas cuestiones no puede realizarse en el marco de un estudio teórico abstracto; es decir, por fuera de sus inscripciones en la práctica social crítica concreta. En esta dirección, el recorrido que hemos propuesto ha sido en permanente vínculo con la experimentación forjada por los llamados movimientos sociales a lo largo de las últimas dos décadas en Latinoamérica en el cuestionamiento al régimen neoliberal. De estas experiencias y del acervo reflexivo que sobre ellas fructificó en el terreno del pensamiento latinoamericano en los últimos años se nutren los señalamientos desarrollados en el presente texto a partir de los cuales intentamos proponer una mínima cartografía sobre los principales aportes formulados sobre la materia.

En este sentido, el cruce analítico entre la conceptualización de la novedad de los movimientos sociales -en sus particulares experiencias concretas- y las características de la fase neoliberal configura uno de los elementos destacados de la revitalización del pensamiento crítico. Asimismo, dichas reflexiones implicaron y plantean delimitar críticamente los objetos construidos por las escuelas sistémicas, y considerar particularmente la colonización del término movimiento social por parte de aquella perspectiva que entiende a estos “nuevos movimientos” como contrapuestos al movimiento obrero concluyendo en el ocultamiento tanto de los antagonismos sociales en el capitalismo, como de la cuestión social y colonial. Estos desafíos suponen otorgar una especial relevancia a los estudios empíricos imprescindibles a la hora de abordar las necesarias reelaboraciones teóricas y los debates actuales sobre los horizontes emancipatorios.

Por otra parte, para el pensamiento crítico el uso del término “movimiento social” exige dilucidar su relación con el llamado análisis de clase y repensarlo en una perspectiva que se desembarace de las influencias de la matriz liberal en la concepción de lo político y del Estado. En esa dirección, algunas de las cuestiones problemáticas que plantea el empleo del término exceden lo que podríamos llamar su propia responsabilidad e interrogan en realidad sobre otros aspectos y tópicos centrales de la teoría que exigen aún un mayor debate y elaboración colectiva.

Desde este lugar, en cierta medida, puede considerarse que la ambivalencia del concepto contribuyó a que el mismo se difundiera y fuera desbordado y reconfigurado por la propia práctica de los movimientos sociales latinoamericanos cuya irrupción y creciente significación impuso el uso del término al propio campo de las ciencias sociales. En esta dirección, su empleo ofreció una senda que, aún sin implicar una resolución teórica, permitía sobrepasar las miradas del determinismo economicista y la influencia de la matriz liberal en la concepción de la política.

Estos señalamientos ciertamente están lejos de pretender negar o empequeñecer los problemas y dificultades que planteó y plantea la utilización del concepto de “movimiento social”, pero sí apuntan a enfatizar que avanzar sobre dichas limitaciones remite a los desafíos que el término afronta en relación con otras temáticas significativas tales como la del estatus teórico del concepto de clases sociales y la conceptualización del Estado y la política en una perspectiva de transformación social.

Ciertamente, parte de estas respuestas se encuentran en el terreno de la propia práctica social y de los retos actuales que afronta la tarea emancipatoria. En este sentido, tras casi cinco años de relativo crecimiento económico regional, la actual crisis económica de magnitud internacional en curso proyecta hacia el futuro próximo el retorno de un escenario de agravamiento de las tensiones sociales. En el pasado reciente, el último período de recesión económica regional implicó tanto una incitación al despliegue de los movimientos sociales latinoamericanos cuanto el inicio de un período donde la legitimidad del neoliberalismo supo ponerse en crisis. Sin presuponer ninguna consecuencia mecanicista respecto de la actual situación, ciertamente estos nuevos escenarios interrogan sobre el papel de los movimientos sociales y las perspectivas emancipatorias en los tiempos latinoamericanos venideros.

Bibliografía

- Amin, Samir 2001 “Capitalismo, imperialismo, mundialización” en Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.) *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO)
- Antunes, Ricardo 2005 *Los sentidos del trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*. (Buenos Aires: Herramienta).
- Bérout, Sophie, Mouriaux, René y Vakaloulis, Michel 1998 *Le mouvement social en France. Essai de sociologie politique*. (París: La Dispute).

- Bérourd, Sophie, Mouriaux, René 2000 “Para una definición del concepto de ‘movimiento social’” en *OSAL*, (Buenos Aires: CLACSO), N° 1, junio.
- Boron, Atilio 2001 “La selva y la polis. Reflexiones en torno a una teoría política del zapatismo”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO), N° 4, junio.
- Boron, Atilio 2003 *Estado capitalismo y democracia en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Ceceña, Ana Esther 2000 “Revuelta y territorialidad” en AA.VV. *Actuel Marx, América Latina, los nuevos actores sociales* (Buenos Aires: Kohen & Asociados Internacional).
- Ceceña, Ana Esther 2008 *Derivas de un mundo en donde caben todos los mundos* (Buenos Aires: CLACSO).
- Cours-Salies, Pierre y Vakaloulis, Michel (organizadores) 2003 *Les mobilisations collectives. Une controverse sociologique*. (Paris: PUF-Actuel Marx).
- De Sousa Santos, Boaventura (Org.) 2002 *Democratizar a democracia, os caminhos da democracia participativa* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).
- De Sousa Santos, Boaventura 2006 *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social* (Buenos Aires: CLACSO).
- Donzelot, Jacques 1995 *L'invention du social. Essai sur le déclin des passions politiques* (Paris: Éditions du Seuil).
- Foucault, Michel 2006 *Seguridad, territorio, población. Curso del Collège de France (1977-1978)* (Buenos Aires: FCE).
- García Linera, Alvaro; Tapia, Luis y Prada, Raúl 2007 *La transformación pluralista del Estado* (La Paz: Ed. Muela del Diablo).
- Gohn, Maria da Glória 2000 *Teoría dos movimentos sociais* (São Paulo: Loyola).
- González Casanova, Pablo 2002 “Democracia, liberación y socialismo: tres alternativas en una” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO), No. 8, septiembre.
- González Casanova, Pablo 2003 “Los caracoles zapatistas: redes de resistencia y autonomía” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 11, julio.
- González Casanova, Pablo 2006 “Colonialismo interno. Una redefinición” en Boron, Atilio y Amadeo, Javier (compiladores) *La teoría marxista hoy Problemas y perspectivas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2002 *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).
- Harnecker, Marta 2002 *Sin Tierra. Construyendo movimiento social* (Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores).

- Harvey, David 2004 *El nuevo imperialismo* (AKAL: Madrid).
- Holloway, John 2002 *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy* (Buenos Aires: Ed. Herramienta).
- Lander, Edgardo (Comp.) 2000 *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Lander, Edgardo 2007 “El Estado y las tensiones de la participación popular en Venezuela” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO), No. 22.
- Larrea Maldonado, Ana María 2006 “Movimiento indígena, lucha contra el TLC y racismo en Ecuador”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO), N° 19.
- López Maya, Margarita 2005 *Del viernes negro al referendo revocatorio* (Caracas: Alfadil Ediciones).
- Marx, Carlos 1987 *Miseria de la Filosofía. Respuesta a la Filosofía de la miseria de P.-J. Proudhon* (México: Siglo XXI).
- Marx, Carlos 2004 *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Buenos Aires: Nuestra América).
- Melucci, Alberto 1999 *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia* (El Colegio de México: México).
- Mouriaux, René y Bérout, Sophie 2000 “Para una definición del concepto de ‘movimiento social’”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 1, Junio.
- Murillo, Susana 2004 “El nuevo pacto social, la criminalización de los movimientos sociales y la “ideología de la seguridad” en *OSAL*, (Buenos Aires: CLACSO) N° 14, setiembre.
- Murillo, Susana 2008 *La colonización del dolor* (Buenos Aires: CLACSO).
- Murillo, Susana y Seoane, José 2008 “El Sujeto en la posmodernidad” [CLASE] en Curso virtual “*Posmodernidad en las Ciencias Sociales. La invención de la modernidad y la posmodernidad o el ocultamiento de la cuestión colonial y la cuestión social* (Programa Latinoamericano de Educación a Distancia, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, Septiembre de 2008).
- Offe, Claus 1988 “Los nuevos movimientos sociales cuestionan los límites de la política institucional” en *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales* (Madrid: Ed. Sistema).
- OSAL 2004 *Criminalización social e “inseguridad”*, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO), N° 14.

- Petras, James 2000 *La izquierda contraataca. Conflicto de clases en América Latina en la era del neoliberalismo* (Madrid: Akal).
- Porto Gonçalves, Carlos Walter 2003 “A geograficidade do social: uma contribuição para o debate metodológico sobre estudos de conflito e movimentos sociais na América Latina” en Seoane, José (Comp.) *Movimientos sociales y conflicto en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Quijano, Anibal 2000(a) “Colonialidad del poder, globalización y democracia”, Conferencia en la Escuela de Estudios Internacionales y Diplomáticos "Pedro Gual", Caracas, Venezuela, junio, mimeo.
- Quijano, Aníbal 2000(b) “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Edgardo Lander (comp) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Quijano, Anibal 2004 “El laberinto de América Latina: ¿hay otras salidas?”, en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas: Universidad Central de Venezuela) Vol 10, N° 1, mayo.
- Seoane, José; Taddei, Emilio y Algranati, Clara 2006 “Las nuevas configuraciones de los movimientos populares en América Latina”, en Boron, Atilio y Lechini, Gladys (comps.) *Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico. Lecciones desde Africa, Asia y América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Seoane, José y Taddei, Emilio 2001 “De Seattle a Porto Alegre. Pasado, presente y futuro del movimiento anti-mundialización neoliberal”, en Seoane, José y Taddei, Emilio (compiladores) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).
- Stédile, Joao Pedro y Mançano Fernández, Bernardo 2000 *Brava Gente* (Buenos Aires: Asociación Madres de Plaza de Mayo/Revista América Libre/Ediciones Barbarroja)
- Svampa, Maristella. 2008 *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político* (Buenos Aires: Siglo XXI)
- Svampa, Maristella y Stefanoni, Pablo (comp.) 2007 *Bolivia. Memoria, insurgencia y movimientos sociales* (Buenos Aires: El Colectivo)
- Tapia, Luis 2007 “Gobierno multicultural y democracia directa nacional” en AA.VV. *La transformación pluralista del Estado* (La Paz: Ed. Muela del Diablo).
- Tarrow, Sydney 1997 *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política* (Madrid: Alianza)

- Tilly, Charles 2004 *Social movements 1650-2000* (Cambridge: Cambridge University Press)
- Torres Ribeiro, Ana Clara 2005 “Outros territórios, outros mapas”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 16, julio.
- Touraine, Alain 1993 *La Voix et le regard, Sociologie des mouvements sociaux* (París : Seuil).
- Vakaloulis, Michel 2003 “Les mouvements sociaux a l'épreuve du politique” en Cours-Salies, Pierre y Vakaloulis, Michel (organizadores) *Les mobilisations collectives. Une controverse sociologique.* (Paris: PUF-Actuel Marx).
- Zibechi, Raúl 2003 “Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) No. 9, enero.